

COLECCIÓN MONOGRAFÍAS

N° 24

“Voluntades Unidas”: de la transnacional
bananera a la empresa autogestionaria

Alicia Dambrauskas

PROGRAMA CULTURA, COMUNICACIÓN Y
TRANSFORMACIONES SOCIALES
(www.globalcult.org.ve)

CENTRO DE INVESTIGACIONES POSTDOCTORALES
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES
UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

www.globalcult.org.ve/monografias.htm

© Alicia Dambrauskas, 2006.

Responsable de la edición: Daniel Mato (dmato@reacciun.ve)

Diseño de la carátula: Alejandro Maldonado (amaldonadof@gmail.com)

Corrección: Enrique Rey Torres y Alejandro Maldonado

Impresión: Programa Cultura, Comunicación y Transformaciones Sociales

Reproducción: Copy Trébol, C.A.

ISBN de la colección: 980-12-1101-6

ISBN de esta monografía: 980-12-2045-7

Hecho el depósito legal: lf252220063002608

Primera edición (Caracas, junio de 2006)

Impreso en Venezuela – Printed in Venezuela

Se autoriza la reproducción total y parcial de esta monografía siempre y cuando se haga con fines no comerciales y se cite la fuente según las convenciones establecidas al respecto, previa notificación a la institución editora. Del mismo modo y en las mismas condiciones se autoriza también la descarga del respectivo archivo en nuestra página en Internet: <http://www.globalcult.org.ve/monografias.htm> . Con el propósito de facilitar la cita, en la primera página se han incluido los datos completos de la monografía. En caso de incluirse este texto en libros impresos (se entiende que con fines no comerciales) agradecemos se nos hagan llegar al menos dos (02) ejemplares de la publicación respectiva a: Daniel Mato (coordinador), Apartado Postal 88.551, Caracas – 1080, Venezuela. En caso de incluirse algunos archivos de nuestra página en Internet en otros espacios semejantes, agradecemos se nos informe al respecto a través de nuestra dirección electrónica: globcult@reacciun.ve.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en este trabajo incumbe exclusivamente al autor o autora firmante y su publicación no necesariamente refleja el punto de vista de la institución editora.

“Voluntades Unidas”: de la transnacional bananera a la empresa autogestionaria *

Alicia Dambrauskas **

Resumen:

Se trata de un estudio de caso que aborda la reconstrucción analítica de una experiencia de desarrollo rural protagonizada por ex -trabajadores bananeros, que enfrentados a la desocupación en la coyuntura post-Mitch, a través de la acción colectiva organizada, realizan el tránsito de campesinos a empresarios autogestionarios. Quizás la mayor relevancia del estudio reside en que la reflexión se realiza en función del discurso producido por los protagonistas de la historia en el mismo contexto rural de la experiencia, habilitando una comprensión de la misma inabordable desde estrictas fuentes documentales. A través de sus palabras se produce la emergencia de la memoria histórica, que junto a factores contextuales que partiendo de la tragedia dieron lugar a oportunidades y los diversos recursos movilizados por el grupo, dejan como legado la capacidad del ser humano como constructor de sus circunstancias y transformador de su medio.

* Esta monografía obtuvo el 1er Premio en el eje "C" Representaciones, discursos y políticas de economía, ambiente y sociedad del Concurso Internacional de Ensayos de Investigación "Cultura y Transformaciones Sociales", edición 2005.

** Investigadora independiente, reside en El Salvador.

Dambrauskas, Alicia (2006) *“Voluntades Unidas”: de la transnacional bananera a la empresa autogestionaria*. Colección Monografías, N° 24. Caracas: Programa Cultura, Comunicación y Transformaciones Sociales, CIPOST, FaCES, Universidad Central de Venezuela. 53 págs. Disponible en: <http://www.globalcult.org.ve/monografias.htm>

“Voluntades Unidas”: de la transnacional bananera a la empresa autogestionaria

Esta empresa asociativa, de sugestivo nombre, tiene su origen en un grupo de campesinos que encontraron en la acción colectiva organizada, una herramienta para superar su situación de desocupación y problemas de subsistencia generados en políticas macroeconómicas de larga data, y el efecto más puntual del abandono de las tierras en las cuales desarrollaba su actividad, la compañía bananera Tela, en el año 1998, luego del desastre del Huracán Mitch.

Las consecuencias de las catástrofes naturales, especialmente en países periféricos no se agotan en las víctimas y pérdidas inmediatas, sino que generan problemas en cascada cuyos efectos se perciben en el largo plazo.

Este estudio intenta abordar las causales explicativas de una experiencia que mantiene consolidado un grupo de familias campesinas en torno a una apuesta comunitaria así como la extracción de aprendizajes que puedan ser transferibles a otras experiencias de desarrollo rural en la región.

Es interesante reflexionar cómo es posible el mantenimiento de una lógica autogestionaria en una pequeña aldea, inserta en el otrora enclave bananero, en un país centroamericano, donde la política asistencialista propiciada desde los ámbitos de poder a partir de los apoyos de ONG's y organismos internacionales, han generado conductas más afines a la recepción de donaciones que a la promoción de mecanismos de auto-desarrollo.

Constituye, además, como contrapartida a una sociedad que tiende a la fragmentación y la supervivencia individual, una apuesta a la acción colectiva y a las posibilidades creativas del ser humano como transformador de su medio, pues este grupo de campesinos se permite soñar con otra realidad inmerso en una naturaleza que le es adversa y que lo sumerge en un estilo de vida más propio de finales del siglo XIX que este siglo XXI que estamos transitando.

Perspectiva histórica

Honduras: paradigma de la “República Bananera”

No es posible aproximarse a la experiencia que nos ocupa sin hacer una referencia a la historia de Honduras, país internacionalmente conocido como una típica “República Bananera” y comprender aunque sea, someramente, lo que esta denominación implica. De hecho, nuestro relato se centra en las vivencias de un grupo de hombres y mujeres cuyo primer denominador común es ese: el banano. Fruto dulce que sin embargo ha acunado amargas historias, pero que de una manera u otra cruza la vida de cada uno de los involucrados en “Voluntades Unidas”, empresa asociativa que fue gestada, en las otrora fértiles y hoy castigadas tierras de la Costa Norte de Honduras.

“Por desgracia, la historia de Honduras es la historia de la explotación bananera por los monopolios extranjeros enclavados en la Costa Norte” (1987: 11), sentencia en el Prefacio de la obra referida a la explotación bananera su autor, Flores Valeriano en 1979.

El proceso de modernización de las estructuras socio-económicas heredadas de la colonia, es decir, el ingreso de Honduras en un sistema de relaciones capitalistas de producción, se produjo a partir de la llamada Reforma Liberal, iniciada en el último cuarto del siglo XIX. Este impulso reformista, permitió el ingreso masivo de capitales extranjeros, básicamente norteamericanos, que, mediante inversiones directas, en un comienzo destinadas a la explotación minera, pero luego, a principios de siglo, especialmente a través de las plantaciones bananeras en la región norte, constituyeron una economía de enclave.

La ausencia de una burguesía nacional protagónica, sumada a la carencia de una inserción previa sólida en el mercado internacional determinaron que el Estado hondureño, terminara cediendo a empresas extranjeras, funciones que le eran propias y esenciales para su afirmación como estado nacional. Entre ellas: administración de muelles y obras portuarias, acceso a recursos hídricos, control de las primeras telecomunicaciones, producción de energía eléctrica, control de propiedades territoriales, y por añadidura, exoneración de impuestos.

A partir de estas privilegiadas condiciones de partida, las empresas bananeras obtuvieron desproporcionados beneficios económicos que dieron lugar a una explotación de carácter monopólico y generaron su particular articulación con el poder político.

En palabras del historiador V. Meza, “Diseñado y concebido como un polo capitalista productor “hacia afuera”, el enclave, por razones mismas de su propia dialéctica, se revierte “hacia adentro” y condiciona el desarrollo del subdesarrollo del país” (1991: XI). Las compañías bananeras adquirieron todas las tierras que quisieron, conformando un latifundio bananero y para ello, la célebre United Fruit Company, en Honduras, se valió de las firmas subsidiarias Tela Railroad Company y Trujillo Railroad Company que, construyendo las vías férreas, aseguraban la conexión con el mercado internacional, a través de su propia flota mercante, con la celeridad que el fruto exigía. El circuito comercial, que se complementaba con el ingreso de insumos para la producción exonerados de impuestos, era perfecto.

Sin embargo, por el mismo proceso que se incrementaba la acumulación capitalista, la fuerza de trabajo exigida para ello promovió el desarrollo del proletariado de las plantaciones bananeras.

La Gran huelga bananera, iniciada en la ciudad de El Progreso, en las instalaciones productivas de la Tela RR. Co., el 1º. De mayo de 1954, y luego convertida en Huelga general, dieron lugar a la obtención del derecho a sindicalización para todos los trabajadores hondureños. Es a partir de esta movilización colectiva que los trabajadores son reconocidos como actores determinantes del acontecer nacional y, en lo que atañe al sector campesino en particular, no puede obviarse su incidencia como factor explicativo fundamental en el surgimiento y difusión de las organizaciones campesinas.

Caracterización del movimiento campesino en Honduras

La Huelga fue respondida por parte de las compañías bananeras con fuertes despidos en los años subsiguientes a su desarrollo. Con ello colaboró el aumento de la productividad por el

avance tecnológico y el abandono de tierras motivado por grandes inundaciones en el litoral norte, área de plantaciones. Debemos acotar que este episodio de inundaciones y el ajuste a través del despido de trabajadores es una práctica recurrente en las empresas bananeras, agravada con la progresiva pérdida de centralidad de este cultivo en la economía nacional.

Entre tanto, los trabajadores, que ya tenían experiencia acumulada de organización, crearon inspirados en el Comité Central de Huelga, la primera organización campesina de nombre Comité Central de Unificación Campesina, que luego se convirtió en la Federación Nacional de Campesinos de Honduras (FENACH). Sin embargo, tan solo un mes después, con el apoyo del Gobierno, debido a la influencia de ideología comunista que se le atribuía, se funda otra organización campesina, la ANACH (Asociación Nacional de Campesinos de Honduras), que a diferencia de su predecesora, disuelta luego del golpe de estado de 1963, aún se encuentra en funcionamiento y de la cual es miembro la organización que estudiamos.

Subsecuentemente, los movimientos campesinos incorporarán como práctica sistemática la dinámica de dividirse y fragmentarse en una línea opositora y una oficialista, transformándose esta última en correa de transmisión de la política estatal.

Escindido pues, del mismo modo que toda la historia sindical de Honduras, y tal como se presentía en el decurso de la propia huelga bananera, nació el movimiento campesino. Esta característica, convertida en constante histórica, no es un detalle menor en las características constitucionales que definen a un movimiento pues genera influencias en su concepción estratégica y en sus métodos de acción, como observaremos en el estudio del caso que nos ocupa.

El proletariado agrícola tiene la particularidad de estar integrado por asalariados rurales pero también campesinos, y ello explica que la centralidad de sus luchas esté asociada con el acceso a la tenencia de tierras. Por ello, las organizaciones campesinas en Honduras se han movilizado tradicionalmente en la exigencia de aplicación de las leyes de Reforma Agraria que han existido en el país.

La primera de ellas, del año 1962, coincide con otras similares en toda la región y adjudicando predios en forma individual, tenía una concepción parcelaria. El Instituto Nacional Agrario (INA), surgió como el organismo estatal encargado de su aplicación. La menguada redistribución sólo actuó al interior del sector campesino, tal como señala Petras en un trabajo del año 2002, dando lugar a un proceso de diferenciación interna: con un pequeño estrato de campesinos que tornaron capitalistas rurales, otro limitado estrato medio de granjeros campesinos autosuficientes que adquirió competitividad para el mercado interno y una inmensa mayoría de trabajadores zafrales, sin o casi sin tierras (Petras, 2002: 31).

A partir de lo expuesto, no puede considerarse casual la existencia de una segunda instancia de Reforma Agraria, que puede interpretarse como más radical acorde al sistema de tenencia de la tierra.

La segunda Ley de Reforma Agraria, que entró en vigencia en el año 1975, tuvo inspiración colectivista. El nuevo modelo de producción escogido recibió el nombre de Empresa Asociativa Campesina, pero estas unidades de producción quedaron restringidas al litoral norte, donde surgieron las primeras organizaciones con esta estructura debido a que “[...] mostraron una actitud de autonomía frente al Estado, evidenciaron una más clara conciencia política orientada a cambios estructurales más profundos y muchas de ellas exhibieron una mayor capacidad de acumulación y desarrollo económico interno, lo que unido a los dos factores antes mencionados despertaba las aprensiones estatales” (Posas, s/f: 31).

Sin embargo, los aprendizajes que dejaron estas experiencias autogestionarias se sedimentan en el imaginario colectivo y se vuelven sueños recurrentes, tal como observaremos en experiencias posteriores.

Entre tanto, la era de las reformas agrarias llega a su fin cuando en los '80 y '90 se instrumentan las medidas macroeconómicas neoliberales. El discurso de la modernización y transformación productiva impregna todo el acontecer nacional y llega al medio rural. Las

luchas campesinas se ven totalmente alteradas a partir de la aprobación de la Ley de Modernización y Desarrollo del Sector Agrícola en el año 1992, que derogó varios artículos de la Ley de Reforma Agraria dejando la tierra sometida al libre juego de la oferta y la demanda, y generando notorios efectos regresivos en su distribución. En este contexto, la función social de la tierra queda remitida a un concepto perimido, la Reforma Agraria pierde su centralidad como eje de referencia y el INA se torna un organismo burocrático de trámites de titulación de tierras. Es en ese rol que entrarán en contacto con el INA los campesinos protagonistas de nuestra historia.

Apuntes teóricos y metodológicos

Precisiones conceptuales

Los protagonistas de esta historia son campesinos, entendiendo esta categoría “como una agrupación social amplia caracterizada por una combinación de producción de subsistencia y productos simples, pero incluyendo también en sus filas a un enorme proletariado o semi-proletariado compuesto por trabajadores sin tierras o casi-sin tierras” (Petras, 2002: 35). De hecho, la base social del grupo de referencia, salvo algunas excepciones marginales, está integrada por campesinos que antes de la experiencia laboraban tierras arrendadas, otros que lo hacían en lotes familiares compartidos o cedidos en sistema de aparcería, y finalmente algunos que estaban subsistiendo por las indemnizaciones obtenidas de la compañía bananera por cese de actividades, habiendo trabajado en ellas como actividad permanente o zafral. La movilización colectiva protagonizada por los campesinos que integran la experiencia puede circunscribirse a un episodio específico en el contexto más amplio del movimiento campesino hondureño, pues tanto los recursos movilizados en el desarrollo del conflicto que dio origen a la Empresa Asociativa Campesina “Voluntades Unidas”, como su identidad constitutiva son afines a esa demarcación conceptual.

Sin embargo, partiendo como expresión de un movimiento, al solucionar el conflicto que le da inicio, la tenencia de la tierra, o más específicamente, como medio habilitante para concretar este anhelo, el grupo se consolida como una organización formal, por lo cual,

gran parte de nuestro estudio se remitirá a las consideraciones de su estructura y acción en cuanto tal.

En segundo término, corresponde realizar una precisión respecto a la forma que adopta esta expresión concreta del movimiento campesino y que si bien, es un caso específico y delimitado, obedece a la tercera etapa de desarrollo del campesinado latinoamericano. (Calderón *et al.*, 1992: 38). Así como no existe una Latino América, sino que es un crisol de multiplicidades, tampoco existe un solo campesinado. Históricamente, pueden distinguirse tres etapas, básicamente determinadas por las características del proyecto económico y el papel asumido por el Estado en su gestión. La primera, a principios de siglo, de agriculturas de exportación, con estructuras terratenientes, la segunda, luego de la crisis del '29 en que se llega a pactos con los campesinos por la necesidad de transferencia de recursos a las industrias en desarrollo y finalmente la tercera, actual, en el marco de una economía globalizada, con total ausencia de políticas redistributivas por parte del estado.

En este contexto, en Honduras, las organizaciones campesinas de alcance nacional han pasado a carecer prácticamente de legitimidad, pero, en su defecto se fortalecen paulatinamente organizaciones campesinas de carácter local, junto a la emergencia y extensión de organizaciones no gubernamentales con fines diversos pero que confluyen en la promoción de actividades vinculadas al desarrollo local.

La estructura social, económica y política del país ha generado un contingente de más de tres millones de personas, aproximadamente la mitad de la población, despojadas de su potencial productivo. En otras palabras, estas personas no pueden ampliar sus escalas productivas de bienes y servicios por la carencia de educación, conocimientos, capital y facilidades institucionales para participar en los mercados (Interforos, 2000: 11).

Contextualizada la situación del campesinado que nos ocupa, cabe precisar que la experiencia se analizará a partir del concepto de desarrollo rural como proceso de modernización incluyente en el agro, que implica la posibilidad del tránsito de los campesinos desde la marginación provocada por la pobreza hacia una situación de inclusión social que se inicia con su viabilidad productiva a partir de la implementación de

técnicas, metodologías, políticas y acciones convergentes hacia ese proceso inclusivo (Calderón *et al.*, 1992: 58).

Sin embargo, dados los limitados éxitos que han tenido los procesos de desarrollo rural implementados en la región, adherimos al concepto de desarrollo territorial rural, cuyo término añadido, lo territorial, tal como lo explicita el IICA (Instituto Interamericano para la cooperación para la agricultura) intenta sustraer la concepción de desarrollo de un sesgo extremadamente economicista que ha enfatizado y hasta asociado a lo rural con la agrícola. A un problema de carácter multidimensional, como la pobreza, es preciso abordarla con soluciones que contemplen ese carácter. La consideración territorial del desarrollo, se centra en esa concepción.

Corresponde entonces, finalmente, una referencia al concepto de Desarrollo territorial rural, perspectiva actualizada del desarrollo rural y marco conceptual de nuestro estudio, para lo cual nos remitimos a Schjetman y Berdegué (2003: 5) quienes lo definen como:

un proceso de transformación productiva e institucional en un espacio rural determinado, cuyo fin es reducir la pobreza rural. La transformación productiva tiene el propósito de articular competitiva y sustentablemente a la economía del territorio a mercados dinámicos. El desarrollo institucional tiene los propósitos de facilitar y estimular la interacción y la concertación de los actores locales entre sí y entre ellos con agentes externos relevantes así como de incrementar las oportunidades para que la población pobre participe del proceso y de sus beneficios (2003: 5).

Paralelamente, y a los efectos de una adecuada aprehensión de los aprendizajes y transformaciones operadas en el grupo campesino en estudio, retomaremos conceptos de Paulo Freire relativos a la comunicación entendida como diálogo entre culturas diferentes, y no la conversión del campesino en un objeto de planes de desarrollo que lo niegan como sujeto, es decir, como ser transformador de su mundo (Freire, 1975: 10).

Precisiones metodológicas

Se trata de un estudio de caso estructurado básicamente a partir de tres fuentes de datos primarios: entrevistas, registros fotográficos y observaciones. Las entrevistas individuales, dirigidas a miembros de la organización y a los técnicos directamente responsables del asesoramiento en el desarrollo de la experiencia, se realizaron en función de una pauta guía de carácter abierto y se plantearon con carácter de profundidad. En los comienzos del trabajo de campo se realizó una entrevista colectiva a miembros fundadores del movimiento a efectos de reproducir su génesis. Esta decisión metodológica se adoptó como estrategia para superar la ausencia de registros documentales al respecto y evitar la sujeción a una historia narrada individualmente. Respecto a las observaciones, dado que las entrevistas tuvieron lugar en un marco temporal amplio, de alrededor de un semestre y siempre se realizaron en el terreno donde se practican sus actividades productivas y construyen sus viviendas los integrantes de la organización, fue posible, la observación de diversas instancias de su actividad, incluyendo la práctica de observación participante en ocasión de dos asambleas: una de asociados y otra de mujeres, esposas de los asociados.

En forma complementaria, se consultaron como fuentes secundarias documentos generados por ICADE (Instituto para la Capacitación y Autodesarrollo) en relación al diagnóstico, planificación y evaluación de actividades, así como al padrón social de la empresa asociativa y registros fotográficos proporcionados por los mismos asociados de las primeras acciones colectivas.

El período considerado para el estudio parte del año 2001, en que se consolida el grupo campesino que procede a la ocupación de las tierras del ex -campo bananero hasta fines del año 2004.

Cómo construir a partir de la destrucción total

El Mitch y sus consecuencias

En octubre de 1998, con una duración y violencia que no se registraba en la región desde dos siglos atrás, el Mitch, nacido como una tormenta tropical y devenido huracán categoría

5, devastó el país, siendo causa de los principales daños las lluvias torrenciales que descargaron en tan sólo tres días del 20% al 50% de las precipitaciones promedio anuales de las zonas afectadas, conforme a datos de las estimaciones oficiales (“Plan Maestro de la Reconstrucción y Transformación Nacional”, Gobierno de Honduras, noviembre de 1998). Si esta situación es grave para cualquier país víctima de un fenómeno natural de esta envergadura, en el caso de Honduras, poseedor de una insuficiente infraestructura, con carencia de medidas de prevención ante desastres naturales, manejo inadecuado de cuencas hidrográficas, deforestación, mal diseño de las construcciones y fallas en el ordenamiento territorial, el desastre se convierte en tragedia. Como consecuencia de todos estos factores, el mayor castigo lo experimentaron las zonas más vulnerables asentadas en las zonas de riesgo.

Reproducimos a continuación un relato del periódico de El Progreso, centro urbano de la costa Norte de Honduras que resultó particularmente afectado y cuyo entorno, a posteriori, verá surgir la experiencia que estudiamos. Seleccionamos especialmente las referencias a Urraco, aldea que será testigo de las primeras reuniones:

En Urraco, la gente salió de sus casas y logró evacuar a niños y ancianos, pero quedaron en un mar como náufragos, sobre una colina rodeados de agua por todos lados. Ya no fue el agua del gran río Ulúa la que los amenazaba, sino el hambre y la sed. ¡Qué contradicción morir de sed en una inundación! Las aguas del río venían contaminadas. Otras gentes en esas mismas áreas bananeras se quedaron en las copas de los árboles o en los techos por varios días llamando con sus brazos a los helicópteros que pasaban recogiendo gente (Falla, Ricardo: “Honduras herida por el Mitch”, artículo en Periódico El Progreso, Honduras, 03/12/98).

De acuerdo a las cifras manejadas por el gobierno las inundaciones y deslizamientos provocaron 1.5 millones de damnificados, 5.657 muertos, 12.272 heridos, alrededor de 8.000 desaparecidos, y más de 400.000 personas que perdieron o tuvieron daños en sus viviendas. Se destaca además, por sus implicancias sanitarias, la pérdida de suministro de agua para 4.2 millones de personas, es decir, el 70% de la población del país.

En suma, de acuerdo a informes de la CEPAL, los daños totales alcanzaron un monto similar al 70% del PBI.

Obviamente, los efectos distorsionantes de la actividad productiva se transmitieron al mercado de trabajo, cuya oferta descendió notoriamente.

Una vez más, las empresas multinacionales abandonaron los campos anegados, cundiendo el desempleo y el hambre entre los campesinos. En algunos casos, la suspensión de actividades fue temporal, en otros, como en el caso que nos ocupa, el retiro de las empresas fue definitivo, pero en todos los procesos existió un denominador común: la desocupación de los trabajadores (COSIBAH, 1999).

El rol de la cooperación internacional

La cooperación internacional no se hizo esperar, pero su actuación no se limitó a la asistencia inmediata de la tragedia que habiendo impactado a Honduras en forma especial, tuvo también repercusiones en varios países del istmo, evidenciando las deficiencias estructurales de todos ellos, por lo cual se instrumentaron medidas de mayor aspiración. A solicitud de los presidentes centroamericanos, el BID convocó a una reunión en Washington donde confluyeron representantes de organizaciones de cooperación internacional y de los países damnificados, que se constituyeron en el “Grupo consultivo para la reconstrucción y transformación de Centroamérica”, cuyo cometido sería la planificación de una agenda para el desarrollo de los países afectados.

La “Declaración de Estocolmo”, redactada en mayo de 1999, en ocasión de la segunda reunión del Grupo Consultivo, cristalizó los consensos alcanzados con ese cometido.

Simultáneamente, a efectos de asegurar el seguimiento de estas metas, en cada país centroamericano, se abrieron, diferentes espacios de participación de la sociedad civil a través de organizaciones de carácter local, regional o nacional. Previo al Mitch, los puntos de encuentro entre la sociedad civil organizada y los gobiernos fueron prácticamente inexistentes. La constitución de esos espacios fue inicialmente promovida por la

cooperación internacional y luego sostenida por la propia sociedad civil organizada en procura de la satisfacción de sus demandas. A esta situación debe añadirse el inicio de coordinaciones entre las mismas organizaciones donantes, antes sujetas a una lógica de actuación auto-referida a su particular visión, territorio y presupuesto. Este cambio de perspectiva, si bien no total ni homogéneo constituye una inflexión interesante que otorgó posibilidades de desarrollo integral a experiencias como el caso en estudio.

Los campesinos se organizan: la constitución de la Empresa Asociativa “Voluntades Unidas”

Al finalizar el azote del Mitch: la lucha por la subsistencia individual

En un comienzo, impactados por los sucesos, la preocupación esencial fue la supervivencia. La ración diaria, obtener agua potable, ahuyentar las alimañas y los pertinaces insectos que se reproducían rabiosamente en el agua estancada en derredor de las viviendas, atender a los enfermos víctimas de las condiciones actuales y fragilidades largo tiempo constituidas. Y observar el estado de las aguas en derredor de las construcciones. Controlando las marcas en los pilotes de las otrora casas y hoy naves en el archipiélago del campo. El agua tardó meses en desaparecer.

En esta etapa, el apoyo para la subsistencia fue proporcionado sustancialmente por organizaciones internacionales mediante donaciones, en forma de asistencia directa.

A los pocos meses, la preocupación centrada en el alimento y la salud alcanzó otra dimensión con consecuencias a largo plazo: la desocupación. “Después del Mitch se fue la bananera. Y ya no había trabajo, no había empleo y aquí empezó la desgracia, se puede decir, para todos nosotros...” (Entrevista a Socio V.U.).

Sobre las causas del retiro de la Tela Railroad Company, nos habla un técnico agropecuario de ICADE de la ciudad de El Progreso:

En parte, esta zona que abandonó ya no le estaba dando los rendimientos que esperaba. La Tela no se fue de Honduras, pero concentró todo su trabajo en una sola

zona, en La Lima, del otro lado del río Ulúa. ¿Por qué?, Se quedó en la zona menos afectada por el huracán, pero también la menos organizada, porque aquí había tenido problemas con el sindicato. Aquí estaba el sector más combativo porque los trabajadores tienen más contacto con la ciudad. Allí la zona está más apartada y tienen costumbres más rurales. La Lima está atrasada en comparación con El Progreso.

Algunos de los afectados por la pérdida de sus fuentes de trabajo, básicamente los más jóvenes, optaron por la estrategia hegemónica: la emigración.

Si bien, la mayoría de la población hondureña continúa siendo rural, se encuentra en un acelerado proceso de urbanización. En la década de los '90, las zonas urbanas crecieron un 4,7%. Las dificultades inherentes a la economía campesina, expulsan a la población joven hacia las ciudades. Pero, en ocasión del Mitch, se aceleró otro proceso:

El Huracán Mitch intensificó la emigración hacia el exterior, principalmente hacia los Estados Unidos. [...] Es así como las personas expulsadas por la pobreza han actuado como amortiguador de la misma. El valor promedio de las remesas mensuales equivale a más de 150% de los salarios mínimos vigentes durante 1997. Se estima que, como producto de las remesas, han ingresado a la economía nacional entre 400 y 500 millones de dólares durante 1999 (Interforos, 2000:13-14).

La inserción laboral siguió otros rumbos. Relata el técnico agropecuario:

En eso llegaron las maquilas acá a El Progreso. El problema es que en ellas, el varón no conseguía trabajo, las que conseguían eran las mujeres. El varón joven que quedó regresó atrás a cultivar maíz, a cultivar plátano, y a esperar una oportunidad de salir para el norte.

Hasta aquí, hemos enunciado estrategias de superación individual, pero, tampoco faltaron otras de carácter colectivo.

Trascendiendo la emergencia inmediata: los recursos movilizados para la obtención de tierras

El relato de un socio fundador de la empresa asociativa, respecto a las motivaciones iniciales para movilizarse en la búsqueda de una solución al problema de la desocupación, es esclarecedor:

Bueno, yo estaba aquí en el campo, y entonces, me pregunté, qué hacemos nosotros aquí en el campo, si vivimos aquí y no tenemos tierra. El que no tiene tierras tiene que vivir en la ciudad, y qué podemos nosotros vivir en la ciudad si somos campesinos. Lo único que nosotros sabemos es de agricultura. Pero no podíamos producir porque no teníamos tierra. Si conseguíamos un pedazo de tierra teníamos que alquilarlo.

La búsqueda de una estrategia colectiva que posibilitara el acceso a un recurso escaso pero indispensable para la supervivencia familiar en el largo plazo, fue el mensaje convocatorio de familiares y vecinos.

Era gente conocida, que había trabajado para las bananeras, que estaba desocupada, gente que no tenía empleo, que no tenía esperanza de nada, gente que vivía en el campo bananero. Como yo soy de ahí, yo iba a verlos todos los días, y me preguntaba, “¿Y qué hacemos aquí, hombre?”, Ni para hacer *milpa* [(1)] teníamos. Entonces la única opción es que nos metamos ahí, que nos organicemos. Porque los pequeños solares del campo no alcanzaban para nada. Todos eran *guamiles* [(2)] (Entrevista a socio V.U.).

A juicio de los involucrados la salida era clara, toda una tradición anterior los amparaba, no en vano fue El Progreso la ciudad que vio nacer a la FENACH, organización campesina que impulsó la primera toma de tierras en la agitada década del '60.

Es así como luego de un grupo inicial que no logró consolidarse, un segundo grupo en el 2000, maduró los aspectos organizativos indispensables para proceder a la invasión de un sector de las tierras abandonadas por la empresa bananera Tela en un área próxima a El Progreso. Eran las tierras del “Campo Breck”. El término “recuperación” empleado por los campesinos en su discurso no es fortuito, de hecho también queda en la memoria colectiva las cesiones otorgadas por el gobierno de Honduras a las empresas bananeras en los orígenes de la explotación.

Los criterios utilizados para la integración al grupo son explicitados así por uno de los socios: La condición que poníamos era tener documentos en regla y deseos de trabajar. Y que no fuera beneficiario de la Reforma Agraria. Porque también se han dado casos de personas que han tenido tierras y las han vendido. Eso perjudica a los demás.

El ciclo observado reiteradamente en los destinos de las tierras pasibles de reforma, que luego de un cierto tiempo en poder del campesino beneficiario, vuelve a manos del terrateniente, es percibido y sancionado por la expresión que antecede. Si bien no se realiza una reflexión sobre los factores que determinan el ciclo perverso, los efectos de un impulso de reforma discontinuado y sin seguimiento son correctamente identificados.

Cuando teníamos las 98 personas dispuestas y seguras es que fuimos al INA en busca de asesoría. Se encarga de la titulación de tierras. [...] El INA es una institución que nunca le va a decir a uno, “sí, te la vamos a dar”. Sino, “No, esas tierras son privadas, no pueden entrar” (Entrevista a Socio V.U.).

La burocratización que se apropió del INA, organismo inicialmente creado para hacer efectiva la Reforma Agraria proveyendo de la capacitación necesaria a los campesinos beneficiarios, se hace evidente en las expresiones anteriores. De hecho, el INA no otorgó asesoramiento organizacional ni técnico, los cuales fueron provistos, posteriormente por otras organizaciones como ICADE. En cambio, les otorgó la forma legal imprescindible para conseguir el fin que buscaban: se convirtieron en Empresa Asociativa Campesina, es decir, sujeto pasible de obtener el beneficio implícito en la Reforma Agraria de 1975, cuya vocación fue colectivista.

Como en todo nacimiento, se buscó un nombre para la organización gestada y la identificación elegida fue sugerente del capital humano que la conformó: “Voluntades Unidas” resultó seleccionada entre diversas propuestas. “Porque vamos a unir voluntades todos” (Entrevista a Socio V.U.).

La ocupación de tierras

La lentitud del trámite administrativo ante el INA y la presión por la proximidad de la temporada de lluvias que anegaría los campos y entorpecería los cultivos impulsaron la toma de una decisión trascendente: proceder a la ocupación del campo seleccionado.

En mayo de 2001, amparados tras una bandera blanca, simbolizando el espíritu pacífico que los embargaba, ingresaron al campo. Muchos integrantes del grupo faltaron a la cita. Tan sólo una tercera parte de los que habían adoptado la decisión de ocupar comparecieron. Sin embargo, no falló una minoría silenciosa pero tenaz: las mujeres. Ellas, en la palabra de muchos socios son evocadas como el respaldo moral y anímico de la organización:

Al campo de batalla allá llegamos sólo diecisiete. Y aparecieron las mujeres, oiga bien. Las tres mujeres que teníamos aparecieron. Las únicas tres que había aparecieron. Fueron un ejemplo. Las que nos dieron ánimo. Fíjese que muchos hombres no tuvieron la valentía de presentarse, [...] (Entrevista a Socio V.U.)

El período de la ocupación, que se extendió por varios meses fue unánimemente recordado como el más duro de toda la vida de la organización.

Fue una etapa muy dura. Porque nosotros pasamos ya no me acuerdo cuántos meses, pero pasamos bastante en aquella empacadora [(3)] que hay allí en la vuelta, ahí. Estuvimos zancudeando, ahí dormíamos. Nosotros hasta nos enfermamos ahí. Poníamos hamacas en la empacadora. Ahí vivíamos. Cuidábamos para que no se metieran al puesto de nosotros. Porque había bastantes que nos iban a buscar para darnos miedo, decían que nos iban a matar... (Entrevista a Socia V.U.).

Como se expone, existieron diferentes órdenes de dificultades. Por una parte, se encontraban los riesgos que debían afrontar en el sitio de la ocupación, las autoridades y las condiciones inhóspitas del lugar, que en las noches era dominio absoluto de los insectos transmisores de diversas enfermedades tropicales. Por otra parte, se sentían acosados por las carencias materiales que debían afrontar sus núcleos familiares, pues debían restar tiempo de trabajo necesario para asegurar la provisión de alimentos a sus familias. Aquí se visualizó claramente el aporte generalmente inadvertido de las mujeres en la economía doméstica. Fue en ese período su trabajo prácticamente el único que pudo asegurar el alimento a las numerosas proles. Sin embargo, en situaciones “normales” ese mismo trabajo, debido a los difusos límites entre la producción y la reproducción económica en el medio rural, es considerado como “no trabajo” bajo la globalizante etiqueta “tareas domésticas”, y transcurre desapercibidamente: “Bueno, la cuestión es que salimos adelante sufriendo, pues, aguantando momentos en que ni frijoles en la cocina había. En ese período tuve el apoyo de mi esposa, solamente” (Entrevista a Directivo V.U.).

Algunos, los más necesitados, o carentes de todo apoyo adicional, no pudieron resistir ante las demandas impostergables de alimento por parte de sus familias y debieron despedirse de su sueño: “Empezamos bastantes, pero la gente pobre no podía trabajar para mantener sus familias y entonces con los días la gente no se aguantó y se salieron por eso” (Entrevista a Socia V.U.).

Sin embargo, también fue este período aquél en que se vio incrementado el sentido de pertenencia, la identidad del colectivo y por ende la cohesión grupal. Esto implicaría una gran fortaleza para los desafíos por venir. “Fíjese que gracias a dios en el tiempo que estuvimos allí nos mirábamos como familia. Teníamos miedo de que otros nos atacaran de afuera. Pero en los que había ahí no [...] Nos unimos bien” (Entrevista a Socia V.U.).

En forma inmediata a la ocupación, los campesinos se dirigieron al INA, pues de esta manera, conforme a las disposiciones vigentes, obtenían amparo en su situación. El campo Breck ocupado tenía 334 hectáreas, que fueron estimadas excesivas, en relación al número de ocupantes, por el mencionado instituto y la CNTC (Convención Nacional de

Trabajadores del Campo), organización campesina a la que estaban adheridos. Entonces, estas organizaciones, una estatal y la otra gremial, decidieron incorporar al predio otros campesinos que también estaban necesitados de tierra, pero en vez de sumarlos al grupo original, optaron por subdividir el predio y otorgar a cada grupo, una parcela del campo original, donde asentarse. Con esta medida, la posibilidad de incidencia de un grupo numéricamente significativo también quedó bloqueada, no sólo por su fragmentación sino además por las rivalidades emergentes entre grupos que compartiendo un mismo anhelo en los hechos fueron posicionados como rivales. Nuestro grupo en estudio, que vio reducida la extensión de su territorio a una quinta parte de las dimensiones originales, -quedaron tan sólo con 70 hectáreas-, relata así el sentimiento de privación experimentado:

La cuestión es así. Nosotros estábamos afiliados a la CNTC. Los dirigentes de la CNTC, con el ministro De Lima en Tegucigalpa, eran buenos amigos. Entonces, por ahí vino la cuestión. Que nosotros la solicitud de la tierra la metimos por toda el área de tierra. Después vino la CNTC junto al Instituto Nacional Agrario y empezaron a decir que para nosotros era mucha tierra, y entonces vino la CNTC y metió grupos de Santa Bárbara, de la Cordillera de Mico Quemado, y así. Entonces, a nosotros, nos redujeron la tierra, o sea, esto nos pasó por falta de experiencia. [...] Así es como quedamos sólo con 70 hectáreas. Pero si hubiéramos tenido un buen asesoramiento nos habrían dicho que lo que nos convenía era agrandar el grupo. La Asociación de campesinos no nos ayudó (Entrevista a Socio V.U.).

La CNTC fue fiel así a la tradición inscrita en el movimiento sindical y campesino hondureños: la fragmentación. Entre tanto, los campesinos involucrados experimentaron el episodio como un despojo incomprensible: “Después de lo que pasó con la CNTC, empezaron los problemas internamente con ellos. Y resolvimos separarnos, no queríamos saber más nada de ellos. Esto fue a fines del 2001. Quedamos sin organización” (Entrevista a Socio V.U.).

El argumento sostenido por parte del INA para la reducción era el costo del terreno, que a su juicio superaba la capacidad de pago de los campesinos ocupantes. Llegada la instancia

de negociación, en procura de una optimización del precio, se acudió a la revisión histórica de las transacciones que antecedieron en la propiedad del campo, pero el único documento al que se pudo acceder fue la compra de parte del INA a la Empresa Tela, pero no pudo obtenerse documentación alguna respecto a la compra original al Estado de esta última. Esta omisión, sugerente en una perspectiva histórica si recordamos las concesiones de parte del Estado hacia las compañías bananeras, no tuvo repercusiones prácticas. Los campesinos debían responsabilizarse del pago de la tierra y el precio obtenido, por su distanciamiento de la organización gremial fue notablemente superior al que acordaron los otros grupos ocupantes que se mantuvieron afiliados. Una misma tierra alcanzó cotizaciones absolutamente diferentes. En base a un reclamo que han iniciado ante el Estado sobre este punto, la tierra, aún hoy, se encuentra en litigio.

Sin embargo, esta condición no ha constituido un obstáculo en el desarrollo de diferentes actividades de infraestructura física y productivas que los campesinos han desarrollado hasta el presente. “En ese mismo año que entramos, tuvimos mala suerte. Porque cuando entramos, estaba así, lloviendo. Luego, cuando las milpas estaban altas, de dos pies de altura, se vino un gran verano que las secó. Se perdió toda la cosecha. Entonces ahí empezamos a tener bastantes problemas. Ahí, cuando se nos seca la milpa se va uno. Ese hombre se fue un día a las 10 de la mañana...” (Entrevista a Socio V.U.).

El relato, que recuerda hasta la hora de la despedida, encierra la desazón experimentada por la pérdida de un compañero de lucha en procura del recurso tan ansiado: la tierra. Los más pobres, sin apoyos adicionales para afrontar las emergencias cotidianas, pueden quedar excluidos hasta de las estrategias de superación colectivamente organizadas por sus pares. Respecto a la situación general, la experiencia indica que el simple voluntarismo no es suficiente para alcanzar los fines perseguidos. El cultivo del maíz de un modo tradicional - la tortilla y el frijol son el alimento cotidiano en el istmo-, sucumbió ante una irregularidad climática y con este fracaso también se desvanecieron los sueños de algunos de los campesinos.

Es en esta inflexión que entran en contacto con ICADE, que tiene una de sus oficinas en la ciudad de El Progreso. Dada la importante afectación del área por los estragos del Mitch, existía además fuerte presencia de cooperantes internacionales en la zona. A partir de aquí, existe un cambio sustancial en la experiencia. Reconstruiremos someramente el proceso, observando circunstancias y actores intervinientes.

El grupo humano protagonista de la experiencia

Características de sus integrantes

En términos sociológicos, puede entenderse el grupo como un número de personas que actúan entre sí de acuerdo a normas establecidas, lo cual les permite definirse como “miembros” del mismo (Homans, 1950: 86). Estos límites no son fijos, sino que cambian de manera dinámica de acuerdo a contextos situacionales.

Como recordaremos, el inicio estuvo pautado por las relaciones personales, casi centradas en los vínculos familiares, lo cual otorgó al grupo una fuerte cohesión social de partida. Esta relación surge en las entrevistas y se constata observando el padrón de socios. Además, la pertenencia a la comunidad circundante al campo seleccionado, integrada por diversas aldeas, y su vínculo directo con la actividad bananera, sea en carácter de trabajadores permanentes o temporales, o bien, descendientes de los mismos, constituyeron elementos fortalecedores de los lazos vinculantes.

Ingresamos al grupo para tener un pedacito de tierra porque nosotros no teníamos nada. Nada, nada... No teníamos, ni nunca hemos tenido un pedazo de tierra. Hasta ahorita. Toda la vida mi esposo ha sido empleado de la bananera. Un matadero. Las bananeras son mataderos. Toda la gente de la bananera termina enferma. Ciega, enferma de lo huesos, de los pulmones, de la piel, columna, todo. Deja la vida uno (Entrevista Socia V.U.).

Abandonada la tierra por la bananera, el sentido nacional de expropiación ante la arbitrariedad de las concesiones realizadas en el pasado por el Estado a favor de las

empresas extranjeras, se ve fortalecido por los costos humanos que cada trabajador tuvo que aportar para beneficio ajeno. La “recuperación de tierras” es así vivenciada como un acto de justicia: “Bueno, este es un país libre, soberano e independiente. Aquí todo el mundo tiene derecho a una cuarta de tierra según la Ley de Reforma Agraria. Entonces, para nosotros, no está habiendo Reforma Agraria” (Entrevista Socio V.U.).

Las palabras de este socio son una elocuente síntesis de cómo existiendo los derechos formales, los sectores más necesitados, carecen del acceso a los canales de influencia que les permitan hacerlos efectivos (Eckstein, 2001: 44). En nuestro caso, se acude a la ocupación porque otros medios no son accesibles para materializar sus derechos y porque además, en esta zona, se añade el acervo de un largo historial de luchas compartidas, dada la tradición de actividad gremial en la ciudad de El Progreso. Esta tradición, está impregnada en el patrimonio histórico del grupo, mediante la participación directa como en el caso de Ángel -el más veterano de los asociados- y considerado la reserva moral del grupo: “Yo trabajé en las bananeras toda la vida, hasta el Mitch. [...] Después de la huelga, porque ahí las condiciones cambiaron, en el '54, ya con papeles teníamos derechos. Antes sólo el jornal”.

O bien, a través de la evocación de los relatos de los mayores, que han alimentado así la memoria colectiva: “Bien, cuando se da la Ley de Reforma Agraria, yo tenía unos amigos que se habían organizado. Donde yo vivo, donde tiene las tierras mi papá, había sido igual, lo mismo igual que acá, organizados como campesinos” (Entrevista Socio V.U.).

Entre los acervos de esa cultura compartida se encuentran los recursos utilizados en la acción colectiva, la ocupación de tierras, y si se recorre el Valle de Sula, próximo a El Progreso, infinidad de predios hoy constituidos en cooperativas de campesinos u organizaciones similares tuvieron su inicio mediante esa modalidad en los primeros movimientos de Reforma Agraria.

Por eso también, desde el comienzo, se establecieron exigencias para el acceso al grupo y la adquisición del carácter de miembro. Pero fue la experiencia de la ocupación, constituida en un duro ritual de iniciación, la que dio origen a la conformación del grupo definitivo.

Las diferentes categorías de miembros

Al interior de “Voluntades Unidas” son distinguibles algunos subgrupos con características específicas y que si bien pueden coincidir, en algunos casos, con el ejercicio de algunos roles formales, como el caso de las tareas directivas, en otros su caracterización responde a otros determinantes.

a) Los líderes

Un primer subgrupo a considerar es el de los “líderes” de la organización, cuya incidencia, suele trascender el desempeño de su rol en tanto dirigentes, pues, en toda organización surgen relaciones de poder. Es interesante observar que los líderes de la organización fueron cambiando de acuerdo a las necesidades emergentes del desarrollo de la empresa. Así, en el inicio, el liderazgo se centró en miembros con una gran capacidad de mando y recursos relacionales, pero con una mirada tradicionalmente asistencialista: “Al comienzo lo único que hacían era pedir, pedir y pedir”, señala un técnico.

Luego, el liderazgo mudó hacia personalidades más abiertas al trabajo colectivo y a la disciplina organizacional. Los líderes fueron pues funcionales a las necesidades percibidas en el proceso de la organización. Así lo expresa el promotor social que acompañó el proceso: “Son los líderes los que han permitido que el grupo mantenga el espíritu de salir adelante. Son los que se pronuncian con facilidad. El resto espera a que no haya extraños. Cuando no hay extraños ellos empiezan a poner las cosas en claro, entre ellos hacen unas discusiones increíbles”.

Los líderes cumplen entonces el rol de mediadores entre las dinámicas intra y extra grupales. Sin embargo, el nivel de decisión se reserva al mecanismo democrático de la Asamblea de Socios. En definitiva, los líderes son prácticamente los interlocutores entre el entorno y el resto del grupo que funciona en un régimen de democracia directa.

Cabe señalar que la ausencia de una práctica democrática representativa y la resistencia a la interlocución con “No miembros” pueden atribuirse a la existencia de una población que no ha incorporado las prácticas más elementales de un ejercicio democrático pleno. Esto coincide plenamente con las apreciaciones del historiador Posas que define a Honduras aludiendo a las características político-institucionales del país, como una democracia en proceso (Posas, 2003: 1), dado que por lo tardío del proceso democratizador, la sociedad civil, especialmente en el contexto rural, no ha ejercitado suficientemente los derechos que como ciudadanos le corresponden.

Pero, cabría preguntarse también, dado el escaso número de integrantes, y la proximidad espacial, ¿es necesario el funcionamiento de todos los órganos estatutariamente establecidos? Por otra parte, ¿es posible ejercer plenamente los derechos ciudadanos desde el analfabetismo?

Pues bien, aquí nos encontramos, a nivel micro, con la realidad que exponen las estadísticas a nivel macrosocial. De los 23 socios, 7 no pueden leer ni escribir, es decir, la tercera parte del grupo no reúne las condiciones mínimas para el ejercicio de los cuadros directivos de la organización, datos totalmente coincidentes con las cifras proporcionadas por el Índice de Desarrollo Humano del PNUD de 1998, que indicaban un 29% de analfabetismo en la zona rural. Aquí se expresa claramente la exclusión que el déficit educativo genera. Partiendo de situaciones materiales similares, la lecto-escritura actúa como una llave de apertura de nuevas puertas, de nuevos caminos a transitar de capacitación laboral y desarrollo personal. El analfabeto, entre tanto, se autoexcluye en el ejercicio de cargos directivos, queda preso de las barreras que lo separan de un mundo que básicamente debe ser leído. “Es que por motivos que yo no fui a la escuela que no puedo ser directivo” (Entrevista Socio V.U.).

b) Las mujeres

El grupo de mujeres que integra la organización tiene a su vez, dos categorías de integrantes: las socias titulares y las esposas de los socios. En tanto las socias son referentes de valor y consecuencia, y en uso de sus derechos formales en cuanto socias de la empresa, hacen oír su voz en las Asambleas, las que no tienen ese carácter, no sólo no asisten a las

Asambleas sino que prácticamente no tienen conocimiento entre sí, ni han tenido espacio alguno de interacción, más allá de las relaciones de vecindad.

En el mismo sentido, las mujeres socias, a pesar de ser manifiestamente reconocido su aporte simbólico y material en las circunstancias más riesgosas, ninguna de ellas ejerce un puesto de dirección en alguno de los órganos de la empresa. Su inhabilitación no surge, como podría suponerse, de limitaciones cognoscitivas, ya que las tres socias manejan la lecto-escritura. Las restricciones surgen de su propia condición de género: las responsabilidades del trabajo doméstico, que recordemos, en el área rural tiene connotaciones muy diferentes al área urbana, por las evidentes carencias en los servicios más elementales que incluye hasta el acarreo del agua como tarea habitual, las inhibe de poder destinar tiempos a otras actividades en el seno de la empresa.

Esta visión, que asigna con naturalidad todo el trabajo doméstico a la mujer, es refrendada por las palabras de un directivo que explica: En el caso de las hembras, se les hace un poco más dificultoso asistir a lo que es las labores de la empresa porque como son mujeres pues tienen que dedicarse al hogar, a cuidar a sus hijos, y todo eso. Esto les dificulta más que a nosotros, los hombres.

En función de lo que antecede, resulta interesante observar que durante el período de la ocupación, en que los hombres se encontraban afectados a las guardias del terreno y por tanto no podían realizar su trabajo de proveedores económicos de las familias, las esposas fueron quienes añadieron a su función reproductiva la productiva, pero no existió esa reciprocidad en el caso de las mujeres socias titulares, cuyos esposos, inhabilitados para un trabajo físico exigente debido a lesiones físicas durante sus años de trabajo en las bananeras, no se hicieron cargo de las funciones familiares reproductivas, es decir, aseo, cocina, cuidado de los niños y demás tareas domésticas.

Ahora bien, por la participación de las mujeres, en el contexto de una Asamblea especialmente convocada para garantizar su presencia, se entendió oportuno en el proyecto de viviendas, apostar a la calidad de vida, incorporando servicios de energía eléctrica y

agua potable no previstos en el proyecto inicial, así como la construcción de un Salón comunitario e infraestructura vial en la urbanización asentada en medio del área productiva. El Salón Comunitario podrá materializar un punto de encuentro hasta ahora ausente y, de esta manera, además de favorecer la integración social, permitirá desarrollar en él, en forma autogestionaria, actividades vinculadas a servicios aún no previstos, como los de salud y educación.

A partir de su rol rector en servicios tan relevantes para la vida comunitaria, que además exigen el establecimiento de nexos con personas e instituciones extra-empresa, se estima se puede establecer una jerarquización de la función de las mujeres al interior de la comunidad y, complementariamente, el tendido de puentes para una integración con el entorno social más amplio, trascendiendo la reclusión histórica al espacio doméstico.

c) Los excluidos

No es posible terminar la referencia al grupo humano responsable del surgimiento de “Voluntades Unidas” sin hacer una mínima referencia explícita a aquéllos que no alcanzaron su consolidación como organización formal. Aún en las condiciones extremas que hemos descrito, la pobreza no es un concepto absoluto, es de carácter relativo. Por eso, los más pobres, aquéllos que no pudieron garantizar el sustento mínimo de su familia durante el tiempo en que se recogiera el fruto de los primeros cultivos, debieron abandonar la incipiente organización. Con ello, no sólo perdieron la oportunidad de construir colectivamente una estrategia de superación de la pobreza en el largo plazo, sino además, quedaron excluidos del acceso a redes sociales que pudieran habilitar el surgimiento de nuevas oportunidades. La pobreza extrema y la marginación social constituyen un binomio de difícil superación. No obstante, en el imaginario del grupo, continúan presentes y son evocados recurrentemente.

El rol desempeñado por ICADE en el proceso

ICADE es una organización con doce años de vida institucional, en cuyo decurso se han impulsado, redimensionado, consolidado y/o fortalecido, experiencias de desarrollo

empresarial campesino apostando, como lo indica su nombre, al fortalecimiento de los procesos de autogestión. Conforme a los principios rectores de la actividad de la institución: “El modelo autogestionario de empresa campesina que se ha promovido, se inscribe en una concepción de economía social, y su sostenibilidad ha dependido esencialmente de la formación y capacitación de los recursos humanos” (extraído de documentación institucional). A esos efectos, su actividad se desarrolla con equipos multidisciplinarios que cubren las áreas técnico-productivas, de gestión empresarial y desarrollo social.

Cuando el Mitch, contando con oficinas regionales, trabajó en coordinación con organizaciones de la cooperación internacional para prestar apoyo a las regiones más afectadas. Entre ellas se encontraba el área de Progreso y zonas de influencia. En algunos casos, como el que nos ocupa, la colaboración trascendió la asistencia inmediata gestándose iniciativas que perdurarían en el tiempo.

Precisamente, “Voluntades Unidas” es parte integrante de un proyecto multidimensional financiado por la Agencia de Desarrollo de la Iglesia Católica Irlandesa (TROCAIRE, por sus siglas en inglés) en la región, que involucra a 21 grupos de campesinos, muchos de ellos ex-bananeros. Para algunas instancias del proyecto, se articularon acciones con otras organizaciones cooperantes.

El rol de ICADE ha trascendido el asesoramiento directo, en sí mismo valioso, hacia la articulación con otros actores vinculados a las necesidades del grupo campesino, operando, en algunas instancias, como proveedores de recursos, pero, en otras, como portadores de estrategias de superación de dificultades.

Algunos aspectos de ese proceso merecen una reflexión particular tanto por la recurrente evocación de los campesinos directamente involucrados, como asimismo por su valor efectivo o potencial en la perspectiva de un desarrollo integral e inclusivo.

Abordaremos seguidamente su consideración.

Organización y capacitación

Sin duda, estos dos conceptos, fueron los mayoritariamente invocados por los protagonistas de nuestra historia. Deben ser entendidos como claves explicativas para procesar no sólo el tránsito desde la asociación informal del grupo humano original hacia la formal como organización campesina, sino también por su trascendencia en la formulación y maduración del proyecto colectivo de su acción.

El concepto de organización, de larga data, puede dar lugar a múltiples definiciones, de acuerdo a la perspectiva teórica que la ilumine, pero, a los efectos de este estudio nos interesa destacar su carácter de construcción social, en donde existe un componente racional que guía la relación medios y fines, sumado a un componente afectivo, que da el sentido de pertenencia y que signa el compromiso con la acción, en un complejo entramado de recursos, reglas y relaciones de poder, donde obviamente se aplican principios de división del trabajo.

Así nos describe la relevancia de la organización el presidente actual de la empresa asociativa:

Bueno, yo diría que si en algún momento una persona desea integrarse a una empresa asociativa, sería bueno de que lo hiciera, pues actualmente estamos entrando en una etapa en que una persona, por sí misma no podrá obtener los objetivos que se proponga. [...] El hecho de ser organizada, la palabra lo indica todo. Una palabra muy clave. Organizado en todo. Porque tiene que ser organizada en una mínima cosa, saber dónde lo tiene. Así, cuando llega a buscarlo, sólo echar mano y ya sabe dónde está. Eso es una persona organizada. Que sabe usar todo lo que tiene.

Como se observará, una excelente síntesis de los requisitos esenciales a la organización se presenta en la definición acuñada desde su propia praxis como dirigente. Pero además, parte de un concepto esencial en la empresa asociativa: la imperiosa necesidad del trabajo colectivo.

Este concepto expresado por el dirigente campesino, está objetivando todo un proceso de aprendizaje. Implica la captación de la realidad a través una actividad reflexiva que lo hace capaz de convertir la realidad en objeto de sus conocimientos. “Cuando el hombre comprende su realidad, puede plantearse hipótesis frente al desafío de esa realidad y buscar las soluciones. Así puede transformarla y con su trabajo puede crear un mundo propio: suyo y sus circunstancias” (Freire, 1977: 26).

Haciendo uso de los principios de eficiencia organizacional, conocedores de los recursos humanos con los que cuentan, aplican además criterios de división del trabajo, trascendiendo la solidaridad mecánica, propia de iguales condiciones de partida, hacia una solidaridad orgánica, es decir sustentada en principios de complementariedad a partir de los conocimientos incorporados: “Porque nosotros hacemos un análisis de todos los compañeros y vemos: “este compañero para esta cosa, porque tiene aptitud. Pero, para esta otra, [...], mejor aquél” (Entrevista a Directivo V.U.).

Con el transcurso del tiempo, en la evolución y diversificación de las capacitaciones a partir de las demandas del propio proyecto, fue constatándose también la posibilidad de transferencia de conocimientos, como los de la construcción, cuyo oficio fueron incorporando a través de la solución de su problema habitacional en el contexto del proyecto. El valor potencial de una incorporación cognoscitiva diferente a la estrictamente vinculada al trabajo campesino, se descubre a través de las palabras de este socio, que ve ampliarse las posibilidades de su trabajo: “Yo puedo pegar bloques. Yo no sabía nada. No sabía qué era hacer mezcla, ni para qué eran las varillas que van allí abajo... Ahora puedo hacer una pila en mi casa, yo puedo hacer un cerco, me siento capacitado y es que lo hago pues. También puedo ampliar mi casa el día de mañana...” (Entrevista socio V.U.).

La transferencia de conocimientos, trasciende el ámbito de las necesidades individuales hacia las colectivas, y así, se construyó una planta de procesamiento para los plátanos como parte del proyecto de desarrollo. Inclusive, el propio maestro de obra, que ha dirigido la construcción de las viviendas, tiene planteado el reclutamiento de los más

experimentados como personal de apoyo para otras obras en construcción, con lo cual una nueva inserción laboral puede emerger en un medio donde la desocupación fuerza a la emigración forzosa.

En palabras sencillas, pero de enorme significación, un socio sintetiza el proceso de organización y capacitación impulsado por la institución asesora: “ICADE es como que fuera nuestra guía. Es que ellos nos han guiado a nosotros, es que nos han dado “cerebro” con las capacitaciones”.

El término “cerebro”, empleado aquí como sinónimo de conocimiento, nos conduce a reflexionar sobre otro término incluido en el pensamiento: la guía. El rol de guiar, de alumbrar, de orientar, está explicitando que la organización y la capacitación no se agotan en sí mismas. Su valor es básicamente instrumental, son medios para la obtención de los fines, las metas, los objetivos planteados por el grupo originariamente integrado por campesinos y a través de su experiencia colectiva, devenidos empresarios.

En este sentido, es especialmente interesante observar cómo aquéllos que han participado más activamente de las capacitaciones se expresan en un lenguaje que ha incorporado palabras totalmente ajenas a su tradicional quehacer campesino: “Imagínese que a mí me están enseñando ahora a manejar una computadora”, manifiesta con emoción y orgullo un socio que va a trabajar en la planta de procesamiento.

Si tenemos en cuenta que es precisamente el lenguaje el principal objetivador de la actividad humana, pues una de las características distintivas del hombre es la comunicación precisamente a través del lenguaje, debemos entender que la incorporación de nuevas palabras, que hacen referencia ni más ni menos que a construcciones elaboradas por el grupo, como la empresa y su plan de trabajo, esas nuevas palabras son la expresión de conquistas. No sólo se ha enriquecido su vocabulario, su mundo cotidiano se ha ampliado. Es más, se percibe la construcción de un futuro ya no determinado por las circunstancias, sino a partir de la construcción participativa de esas circunstancias.

Por eso hablan de la empresa, de la organización, del plan, de los recursos, pero todos esos conceptos giran, como satélites, en torno a un concepto estelar: el proyecto.

El Proyecto

“Esta gente ha sido bien golpeada. Pero tenían un sueño...” (Entrevista a técnico de ICADE). Acaso, ¿no es ése el punto de partida de todo proyecto?

Por el sueño compartido fue que obtuvieron la tierra y estuvo a punto de volverse pesadilla cuando luego de un enorme esfuerzo y desgaste iniciales fracasó el cultivo tradicional de maíz. Es en este punto, cuando se toma la decisión de buscar asesoramiento, que comienza, organización y capacitación mediante, a desarrollarse la auténtica gestión colectiva, que hasta el momento sólo se circunscribía a la voluntad del trabajo en conjunto. Lo primero fue la elaboración de un diagnóstico y en función de aquél, se formuló un plan de trabajo, a partir del cual el proyecto fue delineándose.

El descubrimiento esencial se produjo: dada la multidimensionalidad de la pobreza, sólo una estrategia que atendiera ese mismo carácter sería válida y sostenible en el tiempo. A un problema complejo, una solución parcial, no es solución, es casi un derroche de recursos. La secuencia en el plan de trabajo se fue desarrollando con absoluta lógica:

Mejorar el rendimiento de su cultivo principal: el plátano. Este aumento de la productividad se vinculó además a la necesidad de emplear técnicas que no aumentaran el deterioro ya existente en el medio ambiente. La protección ambiental es uno de los ejes transversales que involucra el proyecto.

Diversificar la producción: La empresa actualmente, además de los tradicionales cultivos de maíz y frijoles para la solución del alimento diario, y del plátano que es el cultivo principal, tiene cultivo de cítricos y de aguacates, tiene un plan de cultivo de maderables, que se subdivide en algunas especies destinadas a la provisión de madera como recurso energético y otros, como la caoba y el cedro, que constituye una apuesta a la comercialización en el largo plazo. También se ha incursionado en la producción de cerdos,

donde se desarrolla un proyecto centrado en el engorde de los ejemplares para su posterior comercialización.

Solucionar el problema de la vivienda: La necesidad de una vivienda salubre y sólida es una demanda de prácticamente toda el área rural de Honduras. El déficit en materia habitacional es escalofriante. En los últimos 50 años no ha habido mayores modificaciones en las características de la vivienda rural, el 66% de las construcciones tienen paredes de adobe o bahareque, el 71% piso de tierra, el 88% no tienen tubería de agua y el 62% carece de servicios sanitarios. Estos campesinos, como tantos otros, alimentan estas estadísticas. Si a eso sumamos la incidencia de la lejanía de su vivienda respecto al lugar de producción, influyendo directamente en el tiempo dedicado al trabajo agrícola, - lección duramente aprendida a través del sistema de la plantación bananera, que por eso levantaba barracones para el alojamiento de sus trabajadores en derredor del campo de trabajo-, la emergencia de buscar una solución a su problema habitacional no se hizo esperar.

Para su concreción, frustradas las primeras gestiones ante FUNDEVI (Fundación de Vivienda), a través de ICADE, se obtuvo un financiamiento con condiciones satisfactorias para su amortización, que proporcionó TROCAIRE. Pero, al tratarse de autoconstrucción para abatir costos, ¿Cómo compatibilizar el trabajo agrícola y el constructivo? Una Asamblea de socios proporcionó la fórmula: “El proyecto de viviendas se inicia y no se puede interrumpir. Nuestro trabajo en el campo también. Entonces, armemos dos grupos: uno trabaja toda la semana en la obra, de sol a sol; el otro trabaja para su familia, para su casa y para la producción de todos, es decir, como campesino. Una semana albañil, la otra campesino. Así no paramos” (Entrevista a Socio V.U.).

En la adquisición de los materiales de construcción, se dio prioridad a otras empresas que también se han estructurado en base a la estrategia de economía social que ICADE impulsa en la zona, generando mecanismos de solidaridad entre empresas que comparten objetivos de carácter comunitario.

La obra se ejecutó en un plazo menor al previsto, concluyendo el proyecto con un 16% de ahorro en la planificación presupuestaria. Una vez más, el aporte organizado de la fuerza de trabajo de los asociados, mediante mecanismos de ayuda mutua y autogestión, favoreció el logro de una mayor eficiencia en el proceso constructivo.

Como complemento de la obra física, a partir de un proyecto complementario financiado por el Centro Cooperativo Sueco, el agua potable y la energía eléctrica mejorarán las condiciones de vida y posibilitarán una efectiva prevención de salud, indispensable en un medio en que las enfermedades endémicas están íntimamente vinculadas a la falta de acceso a esos recursos de primera necesidad. Son además, terrenos altos, sinónimo de no inundables y por tanto, seguros. Otro Mitch ya no va a dejarlos sumergidos.

Así ha tenido nacimiento un nuevo concepto urbano, alternativo a las barracas de madera promovidas por las empresas bananeras, cuyos restos hegemonizan el paisaje. La significación de este emprendimiento, en el medio rural, donde la madera, el bahareque, el adobe y la hoja de palma son los materiales constructivos básicos, es expresada con claridad por uno de los campesinos protagonistas: “Nos emociona mucho el que vamos a tener una casita que es una construcción para muchos años. De que uno no va a andar ahí a los cuatro o cinco años con necesidad de cambiar maderas” (Entrevista Directivo V.U.).

Así, con sencillez, nos está proporcionando una apreciación de la diferencia sustancial existente entre la solución habitacional provisoria y la definitiva.

Incorporar valor agregado: el procesamiento del plátano. El margen de beneficios de un productor puede ampliarse notoriamente si trasciende el ofrecimiento del producto primario y lo procesa antes de realizar su ingreso en el mercado. Pero esta estrategia exige una doble inversión: material e intelectual. Por una parte, es preciso incorporar técnicas de procesamiento que conllevan un conocimiento especializado, es decir, capacitación. Y complementariamente, la infraestructura física indispensable para llevar a cabo el procesamiento.

Pues bien, postulados como aspirantes a un proyecto de esa naturaleza la evaluación de su nivel organizacional les permitió ser una de las siete empresas seleccionadas para intervenir en el mismo, en un universo de 25 aspirantes. Aquí se constata, como, el impacto de un proceso de capacitación, trasciende, efectivamente, los resultados inmediatos. Un directivo expresa las nuevas perspectivas laborales que anticipan: “Tenemos el proyecto de la tajada del plátano, que es un futuro bueno. Porque hasta nuestros hijos y esposas van a trabajar ahí”.

Las instalaciones de la planta agroindustrial, ya se han inaugurado y como resultado del procesamiento, se obtienen dos productos diferentes: los plátanos desecados y saborizados para el consumo directo, y harina de plátano, base de la elaboración de alimentos diversos como las populares tortillas.

Ingresar al mercado: Como complemento de la meta anterior, es sabido que un punto crucial en el proceso productivo para la obtención de beneficios es lograr una adecuada inserción en el mercado, evitando las mediaciones usureras: “Es importante que el plátano no se lo vendamos al *coyote*, sino que seamos dueños de lo que es el cultivo y el procesamiento” (Entrevista a Directivo V.U.).

Evitar el “coyote” que deglute el esfuerzo del productor es anhelo compartido por todos los campesinos y pequeños productores independientes. Sin embargo, cuando se carece de los medios para ingresar a la red de comercialización, el deseo no puede materializarse en hechos.

La apertura de vías de comunicación incluida en el diseño de la planta de procesamiento, como infraestructura imprescindible para la comercialización, posibilita además el nexo de una región hasta ahora casi aislada con otros centros. De esta manera, se favorece el proceso integral de desarrollo, facilitando un enfoque territorial, ampliado.

Es interesante observar, además, que a medida que se reconstruye, en el relato, el trayecto del proyecto, en las palabras de los protagonistas, surge, en la misma proporción que la

satisfacción por los logros materiales alcanzados o en vías de concreción, la construcción de un nuevo futuro. Es quizás esta, la mejor construcción posible: la del ideal.

La transformación es posible. Sólo el hombre es capaz de trascender las circunstancias que el medio le ha impuesto. El punto es revivir el sueño al que hacíamos referencia al comienzo de este apartado y volverlo realidad. Las palabras de un socio que siguen, hablan de ese despertar por manera demás elocuente: “Que me ha gustado la experiencia que hemos llevado porque a uno le despierta la mente, le va despertando más y más y más. Y así dar ánimo a las demás personas, que piensan que en la vida no se puede lograr lo que uno se propone. Y se puede, se puede...”.

La incidencia del capital social

Hasta el momento hemos hecho referencia a diferentes tipos de capital, entendido este último como recursos gestionados o movilizados por la organización en procura de consolidar su gestación y desarrollo sostenible. Así hemos considerado el capital humano a través de la caracterización del grupo y el desarrollo de sus capacidades organizacionales y de conocimiento técnico, el capital natural, entendido como las materias primas y el medio ambiente contextual, el capital cultural y político, específicamente en la consideración de su historia compartida y la experiencia gremial de la región incorporada entre los activos de sus integrantes, y finalmente también hemos explicitado las vías por las que incrementaron su capital físico, a través de la construcción de diferentes obras de infraestructura para usufructo individual y colectivo.

Sin embargo, no hemos considerado, específicamente, el factor que, a nuestro entender, actuó como un articulador esencial del proceso: la ampliación del capital social del grupo.

El capital social puede entenderse como un recurso social estructural que constituye un capital para un individuo o grupo. Puede convertirse en una herramienta para facilitar la interacción y los intercambios entre los actores sociales en las esferas política, cultural, económica y social. Está compuesto por redes vinculantes, pero, no todas las redes manejan idénticos recursos, con lo cual, si las redes con mayor poder mantienen una impronta de

exclusividad, la distribución de recursos no es equitativa y por ende, no es socialmente democrática.

El desafío de utilizar el capital social a favor del desarrollo estriba en extender las redes e incluir en ellas a los individuos y grupos más necesitados. Para ello, es necesario tener presente que existen, entre las muchas categorizaciones que pueden hacerse, básicamente, dos tipos de capital social: de lazos y de puentes (CEPAL, 2003: 19). En tanto el capital social de lazos existe entre grupos homogéneos, el capital social de puentes conecta individuos, es decir, extiende redes entre grupos pertenecientes a una comunidad y otros externos a ella.

En el medio campesino, el capital social restrictivo, es decir, el intracomunitario, es sólido. La comunicación y los intercambios, se ven fortalecidos en la confianza adquirida a través de las relaciones “cara a cara” que caracterizan la comunidad campesina. Sin embargo, el capital social extracomunitario, el de puentes, o ampliado, es limitado, frágil por su falta de continuidad, o casi inexistente. Veamos esta situación mediante las expresiones de un socio: “Porque una de las cosas que son ciertas, es que el campesino siempre ha estado aislado, costumbre de él es estar trabajando y no se relaciona con diferentes personas. Incluso todavía tengo un temor, siempre le da a uno como un temor al otro”.

Ese temor al otro, que exterioriza la falta de confianza, es clave explicativa de su comportamiento en los espacios de discusión colectiva cuando existe presencia de agentes ajenos a la comunidad, como citábamos en el desarrollo de las Asambleas de socios.

En ese sentido, los vínculos establecidos con organizaciones extra-comunitarias, posibilitaron, concretamente, la ampliación de la red campesina restrictiva, y con esa extensión, nuevos recursos emergieron, no sólo financieros, sino de formación indispensable para un proceso de desarrollo sustentable. Los ámbitos de capacitación, son no sólo puntos de relacionamiento con las organizaciones promotoras, donde el carácter de la relación es jerárquico, vertical, sino que constituyen medios idóneos para la promoción de encuentros con otros campesinos, en intercambios de carácter horizontal que posibilitan

el descubrimiento de problemas comunes a resolver y eventualmente estrategias para su superación. El fortalecimiento de esas redes no es un desafío menor en una sociedad en que existe una mayor confianza institucional en las organizaciones de cooperación internacional que en las instituciones nacionales.

Esta desconfianza no se reduce a las gubernamentales, que en el relato se ha evidenciado como un actor absolutamente ausente del proceso, sino, asimismo por las propias organizaciones gremiales campesinas, que no son percibidas como un auténtico instrumento de superación de dificultades, sino, caracterizadas con rasgos de apatía e indiferencia en relación a los problemas de sus bases sociales.

En definitiva, a partir del relato de los hechos, tomando como hilo conductor la voz de los protagonistas, se ha denotado la existencia de algunos factores que han hecho posible su tránsito desde receptores acrícos de donaciones, comportamiento tradicionalmente asumido por los sectores más deprimidos de las sociedades subdesarrolladas, hacia constructores dinámicos de una estrategia para su inclusión social.

Este tránsito, de espectador a actor, es un salto cualitativo que no reside exclusivamente en voluntarismos. Es un proceso de efectiva construcción de ciudadanía, donde del reconocimiento teórico de derechos se pasa a su ejercicio real. Sin embargo, el camino no es sencillo, no sólo es sinuoso y accidentado, sino que convoca a reflexionar y compartir los aprendizajes realizados en el trayecto. Es con este sentido, que abordaremos las conclusiones.

Conclusiones

A pesar de la pequeña magnitud del universo involucrado en el estudio que antecede, el acceso directo a los protagonistas de la experiencia posibilita centrar la investigación en la palabra de los que generalmente se diluyen en el anonimato de los grandes números. Esas cifras que sostienen las perspectivas macro-sociológicas, son las que posibilitan generalizaciones importantes para alumbrar los grandes procesos, pero, sin embargo,

encuentran limitaciones para penetrar en los universos de significados y las transformaciones particulares a los que dan lugar esos mismos procesos estudiados genéricamente.

Todos y cada uno de los protagonistas de este relato constituyen representantes de los pobres rurales hondureños. La pobreza estructural es un término distinguido para identificar a la pobreza de larga data originada en la implementación de modelos económicos excluyentes. Son algunos de los que tienen escasa o nula participación en los ingresos, carecen de acceso a los servicios más elementales, no pueden manejar recursos productivos, tecnológicos ni financieros suficientes, y se encuentran casi marginados de un mercado al cual, sus leyes, sin embargo se aplican inexorablemente. Entre tanto, además, al carecer de los canales de comunicación adecuados, tampoco tienen la posibilidad de hacer oír su voz.

Los pobres rurales son esos desconocidos cuyas precarias viviendas, si pueden recibir el nombre de tales, se ocultan en el espeso follaje de la exuberante vegetación cuasi-selvática que distingue, junto a su intimidante relieve, la geografía mesoamericana. Centroamérica es además, tierra de catástrofes. La belleza de sus paisajes es pagada en especies por los habitantes del área, siendo víctimas regulares de terremotos, erupciones volcánicas, deslaves, huracanes, maremotos y las expresiones más extremas con que la naturaleza impone su presencia, en definitiva, ingobernable. Pero los costos de estos episodios, tal como las riquezas, no son distribuidos equitativamente entre toda la población; los más afectados son siempre los sectores más vulnerables. Los que edifican y viven precariamente en zonas no aptas para la habitación.

Entonces, ante la magnitud de estos desastres y sus consecuencias, que agudizan los problemas estructurales ya de por sí asfixiantes, hacen de las organizaciones de cooperación internacional, un actor de significativa presencia en todos los ámbitos de la sociedad.

El Mitch, fue una de esas instancias en que dada la dimensión de la tragedia, los cooperantes internacionales se dieron cita masivamente. Pero, a diferencia de instancias anteriores, en esta ocasión existieron dos cambios en sus criterios operativos: en primer

lugar, se propusieron realizar coordinación entre las diferentes organizaciones cooperantes, y, por otra parte, intentaron revitalizar el protagonismo de la sociedad civil y el Estado, tradicionalmente simples destinatarios de la colaboración.

Si existe una tradición realmente contraproducente para toda perspectiva de desarrollo autogestionario es el imperio de la visión asistencialista en la sociedad centroamericana. El estado, es un actor percibido como ausente por parte de la sociedad y además, estigmatizado por una tradición de corrupción que atenta contra toda confianza institucional, en tanto, éste, a su vez, no tiene incorporado el hábito de la participación ciudadana.

La Empresa Asociativa de Campesinos “Voluntades Unidas”, gestada autónomamente y luego asesorada fundamentalmente por ICADE, se inserta en la coyuntura Post-Mitch, con una lógica alternativa a la cultura dominante, y si bien tiene pendiente el desafío de la sostenibilidad en el largo plazo, los logros alcanzados en el primer quinquenio desde la constitución informal del grupo campesino fundador, justifica ampliamente la difusión de los aprendizajes recogidos en su evolución como propuesta de desarrollo rural, propósito que dio origen al estudio.

En los procesos sociales no existe casualidad sino causalidad

Los integrantes del grupo humano, en términos estrictamente individuales, carecían de antecedentes de experiencia organizacional. De hecho, entre las primeras deficiencias detectadas por ICADE en su diagnóstico inicial se destacan precisamente las organizacionales. En palabras exactas se explica: “es un grupo unido pero desorganizado”.

La unión hace a la cohesión grupal, al sentirse “parte de”, a la identificación con un anhelo común y en este caso, fortalecida por la historia compartida. Una historia de trabajo y lucha en torno al enclave bananero que en El Progreso tuvo a la capital de la organización sindical. Ciudad prolífica en alumbrar organizaciones. Con un pasado y un futuro compartidos, el presente se construye con mayor facilidad. Si a ello se le añade la

existencia de lazos familiares entre muchos de sus miembros, la identidad, esencial para la consolidación grupal, estuvo garantizada.

El resto fue producto de factores contextuales. Los avatares del “Mitch” extremaron la necesidad sumando destrucción y desempleo, y el abandono de las tierras por parte de la empresa Tela, ofrecieron la oportunidad de retomar antiguas estrategias de lucha en ocasión de la Reforma Agraria con el recurso de la toma de tierras. El marco legal para gestar la organización desde el punto de vista formal estaba previsto en el INA y así surgió la Empresa Asociativa de Campesinos “Voluntades Unidas”.

Pero el nombre legal no bastaba, era necesario que funcionara para lograr los fines que habían motivado su conformación. Si bien la incidencia de las grandes asociaciones campesinas había declinado, existía un proceso fortalecedor del protagonismo de la sociedad civil a través de organizaciones de incidencia local. Como detonante, el “Mitch”, a posteriori de la destrucción, motivó la confluencia de muchas organizaciones nacionales e internacionales cooperantes en el área. La puerta para obtener los recursos necesarios se había abierto.

La acción de la cooperación internacional, la evidencia de algunos limitantes para la eficacia

En nuestro estudio hemos abordado la actuación de las organizaciones cooperantes en una situación post-catástrofe, lo cual puede entenderse una situación de excepción. Sin embargo, existe un incremento de la frecuencia y magnitud de estos episodios, y en un área geográfica como la de Honduras, la ocurrencia y consecuencias de estos fenómenos tienen tal incidencia en la memoria colectiva, que constituyen los mojones que delimitan períodos históricos. Así, nuestros interlocutores como ayuda-memoria evocaban “antes o después del Mitch”, o para períodos más lejanos, “eso fue cuando el Fifi”.

La cooperación internacional en Centroamérica no sólo es referente financiero y organizacional sino que además se encuentra materializada en una infinidad de obras de infraestructura y servicios que en general, deberían ser de responsabilidad estatal. La

situación de apoyo internacional coyuntural, devenida en permanente altera los referentes institucionales por parte de la sociedad global. Un estado históricamente débil, carente de recursos, asfixiado por deudas externas y con una inserción internacional desventajosa, permanece como un actor ausente en el ámbito nacional. En los discursos de los campesinos entrevistados o es omitido como referente, o es señalado como un obstáculo para la obtención de una meta o bien es objeto de referencias colaterales de acceso a sus funcionarios mediante aproximaciones clientelísticas o de carácter paternalista. Y, efectuada la comparación entre instituciones nacionales o internacionales, éstas últimas son señaladas como “más interesadas por el bienestar de la gente pobre” (Entrevista socio V.U).

La primera relación que tuvieron los campesinos participantes del proyecto de estudio fue de carácter asistencial por parte de una de las instituciones cooperantes. Sin embargo, con la intervención de ICADE, la relación cambió en una primera inflexión hacia un proyecto de carácter productivo. Luego, el mismo evolucionaría, como se observa en el detalle de las fases del proyecto, hacia una perspectiva más amplia, incluyendo diversificación productiva, procesamiento, comercialización y desarrollo del hábitat campesino. Sin embargo, para ello, otras instituciones cooperantes debieron involucrarse.

Esta situación responde a algunas limitaciones, propias de las agencias de cooperación que obstaculizan, si no median coordinaciones, para el desarrollo de proyectos integrales. La primera es la distinción entre agencias proveedoras de capacitación y las facilitadoras de financiamiento. Esto implica que adquirido el asesoramiento, debe partirse a la búsqueda de recursos financieros, lo cual complica y pospone la concreción de los proyectos, llegando, a veces, a su frustración. Esta situación determina la pérdida de la inversión realizada en capacitación y quiebra la confianza institucional en una población generalmente deprimida en su autoestima, lo cual a futuro, genera resistencia a participar en otros proyectos comunitarios.

La segunda es la estructura interna de muchas agencias, en general organizadas sectorialmente. La organización sectorial no es funcional a la promoción de un proyecto de desarrollo rural integral específico, y, además, no facilita un ámbito adecuado para el

establecimiento de sinergias entre proyectos, focalizados en diferentes sectores, aún bajo el auspicio de la misma institución patrocinante.

La tercera es la dificultad encontrada, por parte de las agencias, en la identificación de organizaciones de primer grado o, en su defecto, interlocutores realmente representativos del colectivo que se desea apoyar. Esta dificultad puede generar no sólo dilapidación de recursos, sino además una distribución inadecuada que repercute en lo inmediato, en el beneficio reiterado de los mismos, es decir, en una sociedad con criterios de relación político clientelística, los que tienen el capital social más ampliado. Generando además, en manos inadecuadas, un instrumento de poder al interior de la comunidad. Entre tanto, los más desprotegidos, en general, los de pobreza más extrema, como observamos en el relato, quedan excluidos de la posibilidad de acceso a los recursos. En lo mediato, esta misma situación que acentúa la desigualdad social, deja en estado latente frustraciones y eventualmente conflictos que pueden lacerar la cohesión del tejido social del colectivo destinatario del apoyo.

Finalmente, corresponde señalar que en general, las agencias de cooperación impulsan proyectos con un plazo acotado y un ámbito espacial restringido. Ambas condiciones constituyen limitaciones de consideración para la consolidación de experiencias de desarrollo integral. Especialmente si se está apostando a proyectos de autogestión, teniendo en cuenta que es preciso una práctica sostenida en el tiempo para alcanzar niveles de desempeño adecuados por parte de una población habituada desde larga data a ser exclusivamente receptora de ayudas. Los procesos sociales siempre son de lenta maduración y su impacto de difícil evaluación en el corto o mediano plazo.

La organización autogestionaria: una escuela para el ejercicio ciudadano

La autogestión es en esencia, por los principios que la regulan, una convocatoria al ejercicio democrático. Existe igualdad de derechos, pero también la consecuente asunción de responsabilidades e implica, una organización de trabajo, actividad que distingue al ser humano. El hombre es por naturaleza “hacedor”, constructor.

La empresa social autogestionaria demanda además, lograr un equilibrio en torno a la tensión entre dos racionalidades que pugnan en nuestras sociedades modernas: la económico-instrumental, que exige que el emprendimiento económico sea exitoso, y logre inserción en un mercado reglado por normas de eficiencia y eficacia, y la valorativa, que reclama que los fines económicos no se obtengan a expensas de la justicia social, sino con una ética comunitaria. Esa es la aspiración que anida en la apuesta a una economía social cuando afronta emprendimientos productivos. El desafío no es menor en una sociedad como la hondureña donde las asimetrías se encuentran casi naturalizadas.

Si bien es prematuro sacar conclusiones sobre sus rendimientos en términos económicos, pues aún no han iniciado la amortización de sus préstamos de inversión inicial, el desarrollo alcanzado por el proyecto en términos de infraestructura material y perspectivas de inserción laboral y comercial son alentadores.

Sin embargo, creemos que el principal resultado obtenido hasta el momento, no es cuantificable sino que pertenece a la órbita de las incorporaciones sólo estimables cualitativamente y conllevan no sólo el mejoramiento de sus condiciones materiales de vida a través de la obtención de su medio de producción esencial como campesinos, la tierra; de una vivienda salubre y sólida, y servicios primarios como el agua potable y la energía eléctrica, sino básicamente, la posibilidad de incidir para hacer efectivos derechos que formalmente son reconocidos pero nunca implementados. En el seno de la empresa asociativa han aprendido la importancia del diálogo, del valor de su opinión y concomitantemente del respeto a la decisión de las mayorías. Han descubierto la relevancia de la participación ciudadana y que la misma no es simple expresión de deseos, pues, llegado el momento de concretar las acciones, han constatado limitaciones de carácter cognoscitivo o cultural. Así se han hecho visibles diferencias sociales que normalmente resultan inadvertidas.

Haciendo referencia a la primera limitación, se ha evidenciado el obstáculo que representa el déficit educacional para un ejercicio democrático pleno. En una empresa asociativa campesina, por su carácter autogestionario, que reclama de cada integrante su

protagonismo, el analfabetismo establece una barrera para el tránsito de dirigido a dirigente. En términos de futuro, es un aprendizaje valioso para el adulto, que encuentra motivaciones concretas para intentar superar su carencia y para los hijos de los asociados, integrantes de la infancia rural, donde las tasas de deserción son elevadas, en la comprensión que la educación es un medio imprescindible para cualquier emprendimiento.

Respecto a las limitaciones de índole cultural se ha hecho evidente que la participación de la mujer no se estimula con la simple convocatoria. Se ha descubierto en los hechos, que su participación se ve condicionada por la superposición de actividades productivas y reproductivas, presentes en el cotidianamente “invisible” pero exigente trabajo doméstico en el área rural. Por primera vez, en el contexto del proyecto, pudieron hacer oír su voz en el encuentro con las demás representantes de su género. Y entonces, plantearon sus temores, necesidades y anhelos. Queda una ardua tarea por delante, la equidad de género no se logra con participaciones aisladas, sino que es preciso asumir un efectivo rol de protagonista. El empoderamiento de un sector social no sólo relegado sino además recluido, como es el caso de la mujer rural, exige además, no la simple formulación, sino la implementación y seguimiento de políticas públicas que estimulen su reconocimiento. No obstante, el comenzar a distinguir el problema, antes inadvertido, es un comienzo para buscar estrategias para su superación.

De esta manera, el valor del descubrimiento de las implicancias del ejercicio democrático pleno, y de la confianza en el trabajo colectivo organizado tiene un impacto cuya repercusión trasciende el grupo humano que integra la empresa asociativa para constituirse en un referente de la comunidad más amplia de la cual partieron y a la que en definitiva, continúan perteneciendo.

El imprescindible enfoque multidimensional de la apuesta de desarrollo

La pobreza es de carácter complejo en su conformación y por ello exige ser afrontada por un enfoque multifacético, que otorgue vías de recuperación del capital político, social, económico y cultural del cual los pobres han sido despojados en términos integrales.

Sobre esta base, a título de ejemplo, fue necesario alternar el trabajo productivo con el constructivo para hacer efectivo el proyecto de urbanización, pues de lo contrario, su continuidad hubiera sido inviable.

Proyectos acotados, que parcialicen la solución a un solo aspecto del problema, como ya ha sido constatado históricamente, están condenados al fracaso. Por eso la complejidad de la apuesta en los proyectos de desarrollo territorial rural, que como recordaremos fue la perspectiva teórica seleccionada para nuestro estudio.

Esta aspiración, en los hechos, observando la evolución del proyecto y la propia evaluación practicada por los asociados, no es de sencilla implementación. Las exigencias del período de construcción de viviendas, aunque en el futuro van a favorecerlo, coyunturalmente actuaron en detrimento de los rendimientos del sector productivo, generando una baja producción que origina complicaciones para la asunción de las responsabilidades de crédito asumidas. En los proyectos multisectoriales, como el presente, la jerarquización de las metas, su articulación y ejecución demanda exigencias para las cuales es preciso que por una parte, el colectivo esté capacitado para realizar una eficiente división de trabajo y por otra, que cuente con los vínculos institucionales suficientes como para obtener las condiciones y plazos necesarios que le permitan asumir responsabilidades acordes a sus auténticas posibilidades.

En función de lo observado, por su incidencia en el estudio de caso, nos permitimos concluir que deben enfatizarse por su valor fermental, dos factores: la incorporación de conocimientos y la ampliación del capital social.

La incorporación de conocimientos

La incorporación de conocimientos tiene un efecto multiplicador, pues ella repercute en todos los órdenes de la vida individual y social. En el apartado anterior analizábamos la trascendencia de los conocimientos curriculares más básicos, como la lecto-escritura, para el ejercicio pleno de la ciudadanía. Del mismo modo, la capacitación, como surge del relato

de la experiencia, influye en los aspectos organizativos, a través de la delimitación de responsabilidades y roles y la incorporación del “saber hacer” práctico e institucional.

Obviamente, incide en el área productiva, esencial para garantizar adecuados rendimientos y estándares de producción, además de promover el mejoramiento del producto, extendiendo su influencia a la incorporación de valor agregado al mismo mediante el procesamiento. A través de la tecnología y los avances registrados en áreas como la genética, sumada la inequidad de las leyes de mercado, que reclaman libertad para la penetración pero levantan barreras al sugerirse la reciprocidad, han perdido valor las materias primas, antes principal recurso productivo de las economías latinoamericanas. Es preciso que el trabajador rural se organice en torno a proyectos que estimulen la incorporación de conocimiento aplicado a su producción. Así se logren políticas nacionales protectoras, y un proyecto de desarrollo nacional que incluya el área rural, aspiración ineludible, si no se cumple con esta condición, de todas maneras, la inserción en el mercado se verá seriamente limitada.

Como complemento, y en una perspectiva de responsabilidad transgeneracional, como corresponde, también son imprescindibles los conocimientos en términos de sustentabilidad, que implica la preocupación por la preservación de los recursos naturales para las futuras generaciones. Los trabajadores bananeros llevan literalmente gravados en su propia piel los trastornos ocasionados por el abuso de pesticidas y agrotóxicos.

La ampliación del capital social: la imprescindible ruptura del aislamiento campesino

Tal como concluyen los últimos estudios realizados por organismos especializados en el tema, como el caso de FODEPAL (Proyecto Regional de Cooperación Técnica para la formación en Economía y Políticas Agrarias en América Latina), las estrategias de desarrollo territorial rural encuentran en el capital social de las familias y comunidades rurales un factor fundamental para impulsar su acción y lograr incidencia en la toma de decisiones y el diseño de políticas que favorezcan su bienestar social.

Se puede optar, y actuar en consecuencia, cuando se posee acceso a la información, inclusión, participación, capacitación y organización. Todos estos componentes están

entrelazados y actúan en sinergia. Son factores intrínsecamente valiosos, pero la posibilidad de incorporarlos se ve incrementada en la medida que se tiene mayor acceso a las fuentes que los proveen y eso se obtiene por la extensión de redes que constituye el capital social.

La historia reconstruida a través del relato de los integrantes de “Voluntades Unidas” nos señala que el grupo campesino, realizó acciones, desde su conformación, para la extensión de su capital social. Acudió en apoyo de las organizaciones gremiales con presencia en la región, y no satisfechas sus expectativas, se aproximó a ICADE, que, además de brindarle recursos esenciales para su “empoderamiento” como la capacitación agrícola y organizacional, actuó como nexo y puente articulador con otras organizaciones que le proporcionaron otros capitales, entre los cuales destacamos una mejor inserción en el mercado. Este último nexo, se constituye a partir de la conformación de una organización productiva y comercial de segundo grado, que implica la relación con otras empresas que comparten los mismos fines. En realidad, la consecuencia más interesante de la ampliación del capital social es su efecto multiplicador. Es la ruptura del aislamiento al que tradicionalmente ha estado condenado el campesino.

Respecto a la mayor incidencia de las ONG en el incremento del capital social en comparación con otras organizaciones, es totalmente coherente con las características de la sociedad hondureña. Así, en un estudio realizado por el PNUD en el 2003 (Lundwall, 2003: 16), surge que el 47,6% de la población consultada atribuye a las ONG la mayor influencia en el contexto municipal.

Lamentablemente, en el mismo estudio surge que si bien las ONG son quienes más se relacionan con los diferentes actores, ya sea a nivel municipal o de organizaciones campesinas, no es igualmente dinámica la relación entre ellas, que suele ser propiciada por los propios beneficiarios de los proyectos en la consecución de sus metas y no por iniciativa institucional, dificultad que suele trasladarse a los destinatarios de los proyectos. También se señala en él, el predominio de la falta de confianza en las instituciones, hecho que no debe llamar a asombro por el estigma histórico de corrupción que se ha enquistado en la percepción colectiva respecto a ellas, lo que se traslada a la figura de las cooperativas, que son resistidas en la encuesta en un elevadísimo porcentaje, el 80%.

Sin embargo, lo esencial en el capital social es la capacidad de la acción colectiva, que posibilita logros que individual y aisladamente no podrían alcanzarse: El punto de partida, para “Voluntades Unidas” fue precisamente, ese, apostar a un mensaje de solidaridad, ajeno a la cultura dominante que difunde su mensaje de desconfianza al otro. Así fue gestada su organización con carácter asociativo, cooperativo, y por ese medio, logró abrir el cerrojo de la “Prisión verde”(4). No para engrosar las filas del éxodo rural hacia la reclusión en un asentamiento urbano, sino para hacer del otrora campo de explotación bananero su lugar en el mundo, su tierra, su casa...

Referencias bibliográficas

Argueta, Mario (1992) *Historia de los sin historia, 1900-1948*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras.

Armida López Delia, Henry Rodríguez y Enrique Mazier (2003) *Las organizaciones sindicales centroamericanas como actores del sistema de relaciones laborales. El caso Honduras*. San José de Costa Rica: OIT.

Calderón Fernando, Manuel Chiriboga y Diego Piñeiro (1992) *Modernización democrática e incluyente de la agricultura en América Latina y El Caribe*. IICA: Serie de Documentos y Programas, N° 28.

CEPAL- MSU (2003) *Capital Social y reducción de la pobreza en América Latina y El Caribe: en busca de un nuevo paradigma*. Santiago de Chile: Colección Libros de la CEPAL, N°71, en coordinación con la Universidad del Estado de Michigan.

Cordero-Salas Paula, Hugo Chavarría, Rafael Echeverri y Sergio Sepúlveda (2003) *Territorios rurales, competitividad y desarrollo*. San José de Costa Rica: IICA, Serie Cuadernos Técnicos, N° 23.

Eckstein, Susan (2001) *Poder y Protesta Popular en América Latina*. México: Editorial Siglo XXI.

Espacio Interforos (2000) Documento propuesta de estrategia de combate a la pobreza, Instancia de la Sociedad Civil. Tegucigalpa.

Flores Vareliano, Enrique (1987) *La explotación bananera en Honduras*. Tegucigalpa: Editorial Universitaria.

Freire, Paulo (1975) *¿Extensión o comunicación?* Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Freire, Paulo (1997) *La importancia de leer y el proceso de liberación*. México: Siglo XXI editores.

Freire, Paulo, W. Peñalosa, Galli L. Chiappa y Bondi Salazar (1977) *Educación de adultos*. Buenos Aires: Editorial Apex, Buenos Aires.

García Buchard, Ethel (1997) *Poder político, interés bananero e identidad nacional en Centro América*. Tegucigalpa: Editorial Universitaria.

Homans, George C.(1950) *The human group*. Nueva York: Harcourt, Brace and &.

IICA (2003) *Actores sociales en el desarrollo rural territorial*. Sinopsis N° 8.

Lundwall, Jonna (2003) *El capital social y su relación con el desempeño de la democracia local y la descentralización exitosa: el caso Honduras*. Tegucigalpa: PNUD, Colección Visión de País N°16.

Meza, Víctor (1991) *Historia del movimiento obrero hondureño*. Tegucigalpa: Centro de Documentación de Honduras.

Petras, James y Henry Veltmeyer (2002) *Los campesinos y el Estado en América Latina: un pasado turbulento, un futuro incierto*. Artículos sobre problemas de desarrollo, Volumen 33, N° 131. Internet <jpetras@binghamton.edu>.

Posas, Mario (2003) *Honduras: una democracia en proceso*, Tegucigalpa: Colección Visión de País N° 14, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en Honduras.

Posas, Mario . *Breve historia de las organizaciones campesinas en Honduras*. Tegucigalpa: Fundación Frederick Ebert.

PNUD (1998) *Informe sobre Desarrollo Humano*, Honduras.

Schejtman, Alexander y Julio Berdegú (2003) *Desarrollo territorial rural*. Santiago de Chile: RIMISP, Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural.

Vázquez, Adelina (2003) “Trayectoria de la sociedad civil organizada, Sector ONG’s. Caso Honduras”. San José de Costa Rica: IV Conferencia Regional de la Sociedad Internacional del Tercer Sector, América Latina y El Caribe.

NOTAS

(1) Plantación de maíz.

(2) Tierra improductiva.

(3) Lugar destinado al empaque de bananas para la exportación; estas instalaciones también fueron abandonadas por la empresa bananera al retirarse y fueron utilizadas para pernoctar durante la ocupación de las tierras.

(4) Título de la obra del autor hondureño Ramón Amaya Amador que relata la vida en los campos de trabajo bananero.